

*“ALLÁ DONDE QUEDE UNA
MEMORIA”*

Isabel Domínguez Luque

Pisadas tempranas que despiertan, que se abren paso a la vida, ávidas de recorrerla, de desgastar las suelas, de dejar huella en el camino. A sus espaldas, las pisadas plumizas, más rezagadas y hondas para deleitarse del paseo del último tramo. El camino del pequeño es como el vuelo de la mosca, veleidoso, describiendo múltiples giros, continuamente cambiante el foco de su atención. Avanza trotando como un animal libre, desprovisto de grilletes, indefenso y, asimismo, con un espíritu invencible. Abarca con su inocente mirada, matizada con un brillo conquistador, todo cuanto su manita no llega a atrapar, a dominar... Eso sí, con un aire de ternura infinita y sobrecogedora. Los pasos solemnes son más apremiantes ahora, persiguiendo las pisadas del nieto que hace a este jinete querer cabalgar como antaño; pero que únicamente se ve capaz de abrir paso entre la polvorienta estela que dejan atrás unos cascos que aún no pesan, no duelen ni fatigan. El viejo desearía cambiar su montura, trotar a un lado del pequeño, cederle poco a poco una férrea coraza forjada con miles de guerras de toda índole a lo largo de su vida. Pero el abuelo sabe que solo se aspira a la gloria en la batalla cuando tiempo y naturaleza están en tu bando; y que su última batalla es de derrota ineludible. Solamente le queda pedir clemencia al tiempo y soplos de aliento a la vida para poder contemplar un poco más el avance de su pequeño, todavía errante.

Así llegan ambos hasta dos columpios mecidos por la fría brisa que colorea mejillas y nariz. De un salto sube el niño a uno de ellos y, con expresión apremiante, invita a su abuelo a sentarse junto a él. El viejo toma asiento junto a su nieto, que balancea sus piernecitas arrítmicamente, como intentando columpiarse con más fuerza. Sin embargo, el movimiento de sus piernas no busca jugar, busca espolear las riendas de su pequeño corazón, donde una pregunta puja por salir. Y la formula, como es normal en un niño, de forma directa, azorando a su abuelo.

-Abuelo, ¿la abuela me quiso?

El nudo en su garganta le cortó la respiración unos instantes. Justamente hasta que el recuerdo de Carlota impregnó sus sentidos, haciendo de bálsamo de su herida aún abierta, aún a flor de piel. Su ajado corazón pulsó con mayor fuerza para responder a su pequeño.

-¿Que si te quiso? Como no te puedes imaginar. Como nadie puede imaginarse, ni siquiera ella, tristemente. Pero te quiso.

-¿Cómo puedes estar tan seguro? Ella no pudo reconocerme. ¿Cómo se puede querer a una persona que es un extraño? –La mirada del pequeño se había clavado en el suelo, sin coraje

para mirar a su abuelo. Pese a su temprana edad, sabía que el recuerdo era doloroso para todos. Fueron años difíciles, sobre todo los últimos, los que él presencié. Hasta que un día, un 3 de abril cinco años atrás, se escribió el punto y final. Se silenciaron las calles, siendo ensordecedoras las plegarias; se acallaron las bocas y hablaron las lágrimas. Él también lloró, quedamente, sosteniendo la mano de su abuelo cuyos ojos nadaban en el ayer.

-Porque el corazón es corazón y el cerebro, cerebro. Porque pudo haber olvidado tu nombre, tu edad, la mía, la suya propia; podían haberse borrado de su memoria la ciudad, cada rincón del hogar, cada amigo; el Alzheimer pudo haber arrasado con cada año de matrimonio, con nacimiento de nuestros hijos y nietos; pudo haberla postrado en una cama, quedando indefensa ... Pero hay cosas imborrables, latentes en la profundidad de cada corazón, que no son memoria, sino parte de nosotros. Y eso, aunque no pudiera recordar, seguía ahí. –La mirada anegada en lágrimas sin derramar. Sin darse cuenta estaba ahora de rodillas, quedando frente a frente a la altura de su pequeño, hurgando en el bolsillo de su chaqueta hasta dar con el papel que siempre llevaba consigo. Se lo tendió al nieto, que lo desdobló intrigado. “12 de agosto de 1954, José. El ciprés. Andrés, Juanjo y Daniela. Carmencita. 9 de enero, R”. Un interrogante en la mirada de su nieto hizo al abuelo continuar y, señalando dato por dato, explicó el significado. –El día que nos casamos. El ciprés bajo el que la vi por primera vez y bajo el que le di el primer beso. Nuestros hijos. Tu primita. Creo que reconoces muy bien la última fecha, la de tu cumpleaños. Tal vez tenga que explicarte la última letra, ¿no es así? –El niño asintió enérgicamente, incapaz de responder en voz alta e interrumpir a su abuelo, que parecía a punto de romperse. -Mi Carlota escribió esto antes de que la enfermedad arrasara como un vendaval. Sin embargo, para cuando quiso escribir lo último, su estado no se lo permitió. La última palabra apenas puede leerse, las lágrimas arrastraron la tinta como la enfermedad arrastra los recuerdos. Fue un día que la vi inclinada ligeramente, con un llanto tranquilo, resignado; sosteniendo este papel que no me dejó leer hasta el día cercano a su muerte. Raúl. Esa sería la última palabra, el nombre que desesperadamente quiso recordar, el tuyo.

Tendiendo el papel de vuelta a su abuelo, el pequeño se bajó del columpio para aferrarse al cuello del viejo, donde el temblor de sus cuerdas vocales transmitía ondas al joven corazón, enterneciéndolo aún más. Así emprendieron el rumbo de vuelta, contando minuciosamente los recuerdos que el viejo solía susurrar a su mujer mientras dormía, en un vano intento de que mostrase un ápice de comprensión. Ahora su fiel oyente los acogía en su memoria, reconstruyendo el pasado que una enfermedad había emborronado para su abuela, murmurando al viento y confiando en que éste se lo devolviera ahora, póstumamente. Pasaron así los días donde pasado y presente se entremezclaron.